LA MALA

El Ciudadano. Semanario de intereses generales, 23 de abril de 1920, vol. II número 51, págs. 25-27 y 31[6].

—¡Mala!... ¡Mala!... ¡Mala!...

Lo dijo en son de queja, dejando caer una a una sus palabras como golpes de martillo. Lo dijo con el resignado acento de quien sabiéndose tratado injustamente, renuncia por anticipado a la reivindicación de sus derechos.

—¿Mala yo?... Pero, ¿sabes que eres gracioso?

Y como si realmente aquello le hiciese gracia, se rió a carcajadas, aquella locuela de veinte años, llenando con el cristaleo de sus risas, en un alarde de burla sangrienta, la negrura de aquella otra alma que penaba.

—Mala... Y, ¿por qué? -continuó- ¿porque te he sonreído, y durante dos semanas enteras he tolerado tus pesados lirismos, recibiendo como delicada ofrenda tus rociadas de versos en prosa y de prosa en verso...? ¡Ja, ja, ja...! Cuidado que eres gracioso, pero gracioso...

Y volvió a reír, moviendo la cabecita de cabellos negros de un lado a otro, en gesto de negativa. Al balanceo de su cuerpo, se agitó la mecedora, como barquilla sobre el lomo de una ola. Después, impiedosa, alargó la mano para coger una flor que se balanceaba frente a la ventana, sobre la modestia de una glorieta de caña. Los débiles pétalos de la flor cayeron uno a uno, formando a los pies de la cruel, una mancha bermeja.

Miguel miró la pobre flor. Se le antojó que eran aquellos pétalos caídos, trozos de su propio corazón, arrancados por la mano de la que llamaba mala...

[6] Transcrito del original del semanario que se encuentra en la sección de Filipiniana, de manuscritos y libros raros, la Biblioteca Nacional de Filipinas.

Y habló pausadamente, dolorosamente:

—Y ¿no quieres que te llame mala? Y ¿no lo has sido tú?, haciendo brillar delante de mis ojos, tan cerca que pensaba poderla coger con mis manos, la esperanza de un nuevo revivir de mis pasados fracasos. Y ¿no lo has sido tú?, arrancando uno a uno los pétalos de esa flor para arrojarlos a tus pies, trastos inútiles que no sé a dónde irán a parar después.

La locuela de veinte años, se puso seria de repente. Quizás cruzara por su mente el pensamiento de que pudo haber sido realmente mala para con aquel hombre, que más que ninguno lo sublime, inigualado; por lo callado, sublime, que por primera vez, desde que se conocieran, se atrevía a hablar así delante de ella; para quejarse de una injusticia de que se creía objeto.

—Pero, ¿qué culpa tengo yo de que se te antojase una esperanza, lo que no era más que mera concesión de una mujer que necesitaba amigos buenos y fieles? Jamás pasó por mi mente la idea de que alguna vez pudieras enamorarte de mí. Me porté buena contigo porque eras bueno, y porque eras… poeta.

Miguel se levantó con un movimiento de protesta de su dignidad ultrajada. Todas las humillaciones de aquellos últimos días se juntaron para formar una dinámica fuerza de rebelión contra la tiranía de unos ojos color de noche y de unos labios color de fuego. Y habló, no con el acento de quien sabiéndose tratado injustamente, renuncia a la reivindicación de sus derechos, sino con la decisión de un enfermo que se aplica un cauterio hecho fuego, para curarse de su mal.

—Pues bien, Concha, te has equivocado si has creído poder hacer de mí un instrumento de irrisión. Al conocerte y creerte buena –y buena te creí, por tus ojos que tienen languideces de cielo– pensé en adorarte como hombre alguno ha adorado jamás a una mujer… Pero me he equivocado. La equivocación ha sido cruel, pero todavía es tiempo de levantarme, como me levanto contra tu impiedad… Así es que adiós, pero sábelo de una vez; eres mala… mala… mala…

Y salió, erguida la cabeza, puestas las manos en los bolsillos. Cuando su silueta desapareció tras de la puerta, Concha sintió dentro de su corazón un vacío: algo así como la renuncia a una vaga esperanza, ignorada hasta entonces, y conocida cuando se iba a esfumar…

II

Y la mala vivió desde entonces en un languidecimiento moral que fueron al correr de los días, ojeras alrededor de los ojos, flacidez en los nervios, y adelgazamiento de aquel divino cuerpo de palmera gentil.

Se preguntaba.

—¿He sido mala?...

Y su corazón, aquel corazón tan traidor le contestaba:

—Sí, lo has sido, pero no para otro, sino para ti misma: has sido mala, porque sabiendo que le amabas, le dijiste que no le querías.

Y así, ya enferma de histerismo, mal de amores que puebla de visiones la mente, se imaginaba cuando las tinieblas poblaban la tierra, que aquellos pétalos caídos de flor, por ella arrancada frente a su ventana, en el día aquel funesto de su desgracia, cobraban vida y venían a ella, amenazantes, en forma de hojas de puñal, para matarla y cobrar una cuenta pendiente…

—¡Mala!… ¡Mala!... ¡Mala!...

Eso creyó escuchar cuando un día, por obra de una casualidad se tropezó en el camino con Miguel, que como ella, iba delgado y triste, paseando por las calles su martirio.

Pero Miguel no le habló; sólo le miró con los ojos de asombro, con ojos que querían llorar. Tal vez había adivinado todo el infierno de torturas de la mala, y adivinándolas, de ella había tenido compasión.

Y aquella noche, otra vez frente a frente, junto a la ventana de la casa de ella, a la media hora de mutuas explicaciones, Concha alargó, como un día, su mano para coger una flor que se balanceaba frente a la

ventana, sobre la modestia de una glorieta de caña. Pero no la trituró; no la deshojó de sus pétalos para formar con ellos una mancha bermeja a sus pies. Sus labios estallaron en un beso sobre el cáliz de la rosa y sus manos la ofrecieron después al poeta.

—¿Quieres tenerla?…

Y Miguel susurró, pero con voz de cariño inmenso:

—¡Mala!… ¡Mala!... ¡Mala!...